

Convivir
con un animal
de compañía:
una experiencia
de lo más
enriquecedora
para toda
la familia.

Un miembro más de la familia

Milagros Agudo Vidal
Madre de familia

La elección

Cuando decidimos incorporarla a nuestra vida, supimos que iba a significar una responsabilidad. Suponía que a partir de ese momento viviríamos con un cachorro que tendría sus atenciones, al que le daríamos nuestro cariño (que con el transcurso del tiempo fue convirtiéndose en amor), con el que compartiríamos nuestro tiempo libre y al que también cuidaríamos... Nos informamos acerca de cual sería la raza que más se adaptaría a nuestra forma de vida, a un piso pequeño etc... después de leer acerca del tema y hablar con gente experta, nos decidimos por un boxer. Son dóciles, muy activos fuera de casa pero muy acomodados dentro, y sobretodo, lo que más nos convenció fue su especial predilección por los enanos de la casa.

Al fin llegó el día, llegamos emocionados y al abrirse la puerta de una perrera, salieron juguetones todos los cachorros de la camada. Se revolían tanto que resultó difícil escogerla, pero al fin, la decisión se centró en una pequeña revoltosa cuya marca distintiva era una oreja torcida... no necesitábamos una perrita perfecta, y parecía que ese pequeño defecto aún la hacía más simpática.



El primer bebé

Nuestra vida con ella pasaba entre los cuidados veterinarios por la mala salud que tuvo de pequeña y los buenos momentos de paseos y juegos.

Pero al cabo de tres años, llegó el momento en el que nuestro primer hijo nació. La llegada a casa del bebé hizo que nos diéramos cuenta de que ella, ROA, nos había dado ya sin querer su primera lección como educadores... ya que no tuvimos la experiencia de "padres primerizos", sino que alternábamos los cuidados necesarios del bebé con la tarea de intentar que no existieran celos hacia el nuevo inquilino de la casa. Teníamos dudas acerca de cómo sería el recibimiento pero pronto supimos que con cariño y un poco de "psicología canina" todo iría sobre ruedas. Todo se reducía a algo tan simple como hablar con ella y mirarla mientras sosteníamos al bebé, haciéndole entender que ella seguía siendo algo "importante" en la casa. También muchas noches antes del baño de rigor descalzábamos sus peticitos y se los ofrecíamos para que los lamiera con cuidado... es indescriptible la "cara de felicidad" que se le puede poner a un perro después de esos minutos... Podríamos contar muchos detalles más que se reducen a uno sólo: ella no quedaba apartada de nuestra vida a pesar de aumentar la familia.

Nuestro primer hijo iba creciendo y acostumbrándose a que parte de nuestro día se lo dedicáramos a nuestra mascota. Sus ojitos pronto vieron normal verla por la casa, pasearla, prepararle su comida... todo lo que hace el día a día. A Roa le encantó en ese momento desem-

peñar el papel de hermana mayor, y sus cuidados se multiplicaban. Le encantaba por la calle pasear muy pegada al carrito, sentarse a su lado en la hierba cuando le dejábamos gatear o simplemente acostarse a los pies de su cuna lameteando si podía una manita que había dejado colgando entre los barrotes. Por



supuesto, fue una época en la que soportó feliz desde tirones de orejas y bellos hasta ser ese caballito balancin que todos los niños montan encantados. Los juegos del niño eran juegos en los que algún papel tenía siempre Roa. Si arrastraba un cochecito por la alfombra, hacia que escalara por encima de su lomo, sus piernas y bajara por el hocico otra vez. Si corría encima de un caballito de madera, ella corría a su lado compartiendo su carrera. Muchas veces compartieron trastadas y recuerdo esas dos caritas mirándose con culpabilidad mientras les echaba el rapapolvo de rigor, pues los sentaba a los dos y

les hablaba explicándoles lo que habían hecho mal... tenía gracia que Roa evitaba mi mirada y torcía la cara.

Aumenta la familia

Casi sin darnos cuenta, el tiempo pasó y nació nuestro segundo hijo. Otro momento especial en nuestra vida... ya éramos cinco en casa casi sin darnos cuenta... ¡una multitud! Nos sorprendió descubrir que el cuidado que debíamos tener con nuestro hijo mayor ante el nacimiento de su hermano era muy similar a las actitudes que tomamos con Roa: cariño, paciencia y algún truco cómplice.

El tiempo había pasado rápido y ese cachorro que entró en nuestra vida ya tenía ocho años en este tiempo. Y esto hacía que poco a poco, pasara a desempeñar, sin apenas notarlo, su segundo gran papel en la familia. Se sentía "madre" de los niños, con madurez y serenidad; sin tantas ganas de correteos y juegos, pero con muchos deseos de protección.

Esta fue una época en la que le gustaba acostarse en las habitaciones de los niños esperando oír su respiración profunda, y en cuanto oía que su sueño era tranquilo y constante, aparecía a hacernos compañía a nosotros en la sala. Aquella era la señal que tuvimos mucho tiempo de que los peques dormían profundamente: verla aparecer.

Los niños crecían felices, pero para nosotros esa felicidad no era completa porque éramos conscientes de que el paso de ese mismo tiempo que los hacía crecer sanos y fuertes, hacía que nuestra querida Roa se deteriorara físicamente cada vez más.

Roa se hace mayor

Tenía doce años cuando vimos la necesidad de plantearles a los niños de una manera positiva la realidad de nuestra mascota. A partir de aquel momento, ella ya era la "abuela de la casa". Los cuidados de todos serían fundamentales, y el cariño tenía que ser especial y mayor.

En esa época los niños tenían ocho y seis años y, a su manera, fueron conscientes de ello y empezaron a tener cuidado de no tropezar con ella en el pasillo o la lastimarian; de esperarla con paciencia en el paseo ya que se cansaba y fatigaba mucho; de ayudarla a subir al coche pues sus viejas patas ya no aguantaban su cuerpo.

Pero además de lo que ellos hacían, también fue importante lo que nos vieron a los mayores. Vieron la paciencia con la que limpiábamos todo lo que ensuciaba cada vez con más frecuencia. Vieron cómo la familia tuvo muchas veces que cambiar los planes porque teníamos que cuidarla. Vieron y escucharon cientos de veces que nuestra responsabilidad con ella era grande, les explicábamos poco a poco que Roa se iría pronto, que teníamos que aprovechar su compañía, y darle todo el cariño. Cada vez que este tema salía, sus miradas eran tristes, pues tenían la edad suficiente para comprender lo que significaba.

El momento de la despedida

Y así fue cómo llegó el inevitable momento de la separación para siempre. Recuerdo ese día con una mezcla curiosa y extraña de dolor por su pérdida, de agradecimiento infinito por lo que nos dio y sobre todo, de unión entre la familia... porque realmente ese día solo apetece

estar con "los tuyos", con los que sin hablar comprenden el dolor que tiene el otro, el vacío, la soledad... Su muerte nos dio la oportunidad de apretujar a los peques e intentar enseñarles que este paso es parte de la vida, y hacer todo esto transmitiendo toda la serenidad y el amor de que son capaces unos padres. En este



momento vimos la manera diferente que tuvieron los dos de vivir su dolor, uno, llorando sin consuelo posible y el otro, de manera más serena, aunque quizás más duradera en el tiempo.

Cuando esto sucedió, yo estaba embarazada de nuestro tercer hijo (¡al fin niña!) y vivimos esos cinco meses hasta su nacimiento con bastante vacío y desamparo, con una ilusión menos.

Evidentemente se plantean varias situaciones cuando te quedas sin mascota. La primera es traer otro cachorro a casa que llene el hueco del que se fue y que ayude a olvidar. Esta opción la desechamos ensegui-

da porque pensábamos que es bueno pasar un "duelo", sentir el dolor hasta ponerlo en su sitio. Y también pensamos que, a su escala, deberíamos trasmitírselo así a los niños: los golpes de la vida se encajan, se asimilan, no debemos escondernos de ellos, huir o camuflarlos.

La segunda opción es pensar que hemos sufrido tanto que no queremos encariñarnos otra vez; saber que volveremos a pasar por otra pérdida así. Esta tampoco nos convenía, porque si sufrimos es porque antes hemos querido, hemos disfrutado... en definitiva, hemos vivido.

Así que optamos por dejar pasar el tiempo, gozar todos con el nacimiento de nuestra hija y asentarnos en la nueva estructura familiar que se nos venía encima: familia numerosa.

Evidentemente, todo el que ha vivido con un perro, sabe que cuando no lo tiene falta algo, a veces imperceptible, pero importante... abrir la puerta y que te venga a saludar, su respiración durmiendo cuando estás por la noche en el sofá tranquilamente,

esos buenos días que tienes todas las mañanas como si amanecer fuera el mejor regalo que tenemos, esos paseos diarios que te agradece infinitamente... y eso nos trajo, cuando la niña ya tenía año y medio, una nueva perrita (boxer ¿cómo no?) a la que llamamos Quea.

¿Qué decir...? que la historia volvió a empezar, que tiene un carácter distinto, que no es una sustituta, que ahora somos multitud (¡bendita multitud!), y que ojalá sepamos darnos cuenta de que viviendo con un perro, sin duda alguna, recibimos mucho más de lo que damos. ¿Alguien necesita un motivo más grande? ■